

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

| | | |
|----------------------------|-------------|-----------|
| | Un mes..... | 8 rs. |
| | Tres..... | 23 » |
| | Seis..... | 44 » |
| | Un año..... | 82 » |
| | Un mes..... | 10 » |
| | Tres..... | 27 » |
| | Seis..... | 52 » |
| | Un año..... | 100 » |
| En Madrid... | | |
| En provincias. | | |
| Ultramar y extranjero..... | | 8 ps. fs. |

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,

SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios morales y políticos: *Educacion actual de la mujer y su insuficiencia*, por D. Leandro A. Herrero.—*A la muerte de mi queridísima amiga señora doña Rosa Lopez de la Cámara*, poesía, por doña Rogelia Leon.—*La Mujer*, por D. Evaristo Fombona.—*A mis hijos*, poesía, por D. Evaristo Fombona.—*La literatura en la mujer* (continuacion), *Rogelia Leon*, por doña Faustina Saez de Melgar.—*Mariquilla la idiota* (continuacion), novela, por doña Rogelia Leon.—*Revista de modas: Correo de señoritas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Espliecion del figurin*.—*Variedades*.

Pliego primero del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.

ESTUDIOS MORALES Y POLÍTICOS.

EDUCACION ACTUAL DE LA MUJER Y SU INSUFICIENCIA.

Un joven sigue siempre su primera senda, sin que la deje ni aun en la vejez.

(PROVERBIO XXII, 6.)

Supuesto que concedemos á la mujer un poder universal para la educacion moral del hombre, demosla aptitud conveniente, habilitémosla: levátemos un poder soberano cuyas funciones jamás se

paralicen por la ignorancia: formemos, en una palabra, mujeres que sepan educar.

Dos grandes extremos se ofrecen á nuestra consideracion: dos grandes aberraciones de los sistemas modernos que igualmente inhabilitan á la mujer para su ministerio futuro.

La mujer de ciudad es víctima de una educacion exuberante y viciosa; la mujer de la aldea es esclava de su absoluta ignorancia: la una con su imaginacion estraviada, con su vanidad, con su pedanteria, jamás columbra su mision: la otra, por un reflujo constante de barbarie, apenas siente, apenas da su alma señales de existencia. En efecto: ¿cómo educamos á las niñas en la ciudad? De una manera estravagante; con el romanticismo, con esa miscelánea babilónica de conocimientos, con esa enciclopedia lipitense que nada ilustra ni fecunda el corazon: música, baile, pintura, declamacion, lenguas, moral, geografia, historia, *totum* espantoso que aterra á los espíritus más fuertes: todo lo que puede realizar á una artista, á una mujer coqueta, á una *violette* de salón, nada de lo que puede formar una buena madre.

Respecto á las niñas de las aldeas, basta considerar que son el punto más remoto del polo opuesto: allí no hay educación; no hay temor de que el vicio las devore entre sus infames garras; pero en cambio ved qué condicion tan misérra la de esas pobres mujeres, que solo se casan para ser tratadas como bestias de carga, para gemir eternamente bajo la presión de un sistema torpe y brutal hasta el esceso.

Nos quejamos con frecuencia del sistema antiguo de educar á la mujer, de la rigidez paternal que prescribía secamente á las niñas una clausura semi-monástica, el aprendizaje de algunas devociones, y la parte más integrante de una buena economía doméstica; cierto: era un sistema rudimentario que pecaba por defecto; pero, ¿qué ventajas ostensibles nos producen nuestros modernos sistemas?

La autoridad antigua al menos era un preservativo contra la depravacion, al paso que el romanticismo actual es una puerilidad adorable que produce bellas víctimas.

Y no tenemos motivos para quejarnos de los poderes legislativos, que con la reforma es instrucción pública, con el sistema de educacion mista han dado un paso considerable hácia el progreso, ineficaz todavía por causas accidentales que en otro lugar esplanaremos: hoy nos quejamos del atraso de nuestra sociedad que rinde culto á novedades perniciosas, á costumbres nocivas implantadas por la codicia del especulador público, que hasta de la educación ha formado un arma para llenar sus arcas, y que apela al empirismo para deslumbrar y burlar nuestras esperanzas.

¿Qué sacan las niñas de esas casas-pension de tono, cuyo programa seductor fascina á tanto padre incauto? No diremos por cierto que el ánimo de sus excelentes directoras sea causar perjuicios á las familias: pero el mal está en que le causan sin querer, tal vez sin conciencia de ello, porque el programa que á ellas ha servido, y que pretenden popularizar, es un sistema ineficaz para la educación de la mujer es una ordenanza estéril que no puede dar un bello resultado, porque traspasa la misión futura de las niñas.

En efecto: recorred nuestros colegios de pensionadas, analizad á la mujer naciente; ¿qué encontrareis allí? Una flor exuberante que hace gala de marchitarse inspirada por un sentimiento estafalario y romancesco: austeridad en las ideas, y deseos mal dormidos de lujo y vanidad en el corazón: principios

de hipocresía encantadora, galantería desenvuelta, veleidad, volubilidad en los movimientos y en el arte maestro de producirse con una locucion de efecto, pudor ficticio, moral prendida con alfileres que hastia la inteligencia sin fecundar el alma, fervor religioso sin frutos para el sentimiento: total, nada; la miseria, la vanilocuencia, la vanidad absoluta rendida á merced del transeunte, una criatura hermosa y desgraciada, en cuya frente estampará el mundo un privilegio de lágrimas; un alma desterrada, alma sublime y miserable, condenada á helarse entre los vendabales de una borrasca eterna. ¿Cómo se ha verificado esto? Sencillamente: carece de la inspiracion santa y bendita de su madre, y la educación se despojó de sus encantos, de su más bello carácter: la acción de la directora no se armonizó con la de la madre; se han violado las leyes de la naturaleza, alterando su curso pacífico, y el milagro de la educación se ha perdido; perdido, porque en el colegio se adopta una marcha opuesta á la del hogar, porque el magisterio no ha continuado la obra de la madre.

Ignoramos, seguramente, á qué conduce este programa monstruo de los colegios-pensionados, tratándose de formar una futura madre de familia. Tranquilícense las directoras impresionables: no vamos á quejarnos de que las niñas lean y escriban, aprendan labores de adorno, amen lo bello y lo infinito, en una palabra, adquieran lo que distingue la racionalidad del idiotismo: nos quejamos de que pierdan un tiempo precioso en el aprendizaje de esa superchería que á nada conduce mas que á estravair la santa misión de la mujer. Pedimos lo útil, y condenamos lo vicioso.

¿Qué supone el resultado brillante del exámen público de la casa-pension? Para nosotros una comedia mezquina; para los ilusos, lo que tengan por conveniente. El exámen no es otra cosa que el alarde de vanidad de la directora y la pensionada: es la función de una máquina organizada, en la que vaciaron confusamente música, pintura, idiomas y geografía. Esa corona que ciñes á tu frente, pobre niña, tendrá para ti espinas sangrientas; serás literata, serás artista; pero tras de ese triunfo que te halaga, existe un mundo que te llama al hogar de la familia, y allí no se necesitan notabilidades coreográficas y declamatorias, se necesitan simplemente madres.

Nosotros ahondamos algo más para buscar el resultado del colegio. Un exámen es una pueril exhibición, que si para algo sirve, es para alimentar una

pésima inclinacion de la mujer, el orgullo: el resultado del colegio le vemos palmario en esa juventud que así que arroja el uniforme de ordenanza para implantarse en el mundo, se entrega ávidamente á sus falsos placeres, á sus tristes vanaglorias, sin una luz para resistir las tentaciones, sin fuerza ni energía para hacer frente al vicio que acecha y devora. Así, nada más frecuente en sociedad que los funestos escarmientos de esos astros de maravillosa hermosura escapados del colegio, estrellas errantes que en el cielo aparente de su vida empezaron á deslumbrar, y atraídas por la fuerza centrípeta de un cometa esterminador, cayeron de su altura con la velocidad del aereolito.

Asistid al *debut* de una de esas artistas liliputien-ses que ejecutan entre aplausos su primera salida en el teatro del mundo, y estamos seguros de que al instante tendreis idea de la codorniz sencilla que no columbra las redes: sus instintos nacientes tomarán ámplio vuelo entre el incentivo de la ovacion: mil aves de rapiña divisarán á la inocente presa, y es muy probable que aquella enciclopedia viviente, aquella literata en miniatura, no pueda evitar una vida futura de lágrimas, á pesar de sus decantados conocimientos.

Pero, si así no fuera, nos quedaría simplemente una mujer de salon y de hogar: hábil para lucirse en una tertulia chispeante, pero no para ser la égida de la familia; nos quedaría un ideal fantasmagórico, pegado á sus *sensiblerías* calculadas, un tipo indefinible adherido á su lujo y á sus devociones, una mujer de melodrama con su repertorio de efectos teatrales y portentosas lágrimas; una mujer, en fin, que de todo entenderia, de literatura, política, baile, declamacion, ménos de los útiles y sencillos oficios domésticos, que abren tesoros de riqueza á la familia, y que constituyen la única, la mejor ciencia de la madre.

Necesitamos un sistema menos superficial, más profundo, de miras más elevadas; deseamos herir á la vez al corazon y á la inteligencia: deseamos fecundar el alma con el estudio de lo bello, pero no definiendo lo bello por el estrago de Churriguera; deseamos, en fin, formar buenas esposas y buenas madres, que es lo que reclama la civilizacion, y no enciclopedistas á la violeta.

Aquí el otro extremo: considerad por un momento el espectáculo que ofrece el hogar del labrador de aldea, ese parásito de nuestros progresos á quien

desgraciadamente llegan rara vez los beneficios de nuestras instituciones: aquel cuadro de colorido siniestro, diseñado por la mano de la barbárie, aterra y lastima á la vez: la incuria, la suciedad, la lobre-guez, la atonía le dan el aspecto de un antro que recuerda las negras mansiones de los crimenes; nunca tiene blancos manteles para la mesa: la costura, la plancha, los mil detalles de economía se hallan en perpétuo abandono: el templo de la familia aparece trasfigurado por las tinieblas, por la frialdad, por la miseria. ¿Dónde está la causa? Muy próxima: la negacion intelectual de la mujer la colocó en una especie de servidumbre; el marido, tal vez un ente brutal que se degrada, y consume su peculio en la taberna, única expansion de la vida tabífica de la aldea, impone á su víctima el vasallaje por la fuerza bruta, y no contento con este descaño, la explota, aplicándola á las rudas operaciones agrícolas, que desnaturalizan su carácter, que la envejecen prematuramente, que la impiden ejercer su ministerio entre la familia, entre esos pobres retoños sin verdor ni lozanía, que gimen en completo abandono por falta de educacion y por su mísero destino.

Todo proviene de la estéril educacion de la mujer, que allí por cierto es la nulidad absoluta: de aquí la perpétua miseria de estas desgraciadas localidades, pobladas de hombres rudos y torpes, cuyo carácter no ha podido ser dulcificado por la ternura de la soberanía de la esposa.

Todavía no se han convencido esos parias infelices de nuestros progresos, de que la formacion moral de la familia pertenece de hecho á la mujer, y de que, sacándola de la soberanía del hogar, se desnaturaliza y pervierte; todavía no se han convencido de que siendo la mujer el alma de la vida doméstica, como ellos lo son de la vida pública, enriquece indefinidamente el hogar con las labores propias de su sexo, cuanto menos se separa de él. En efecto; su economia multiplica los medios, su prevision todo lo allana, produce milagros; todo la sirve, de todo saca partido y hace aplicacion: es la mejor administradora de nuestros bienes; se rodea de lo útil y rechaza lo supérfluo, procurándonos siempre las comodidades accesibles: llenas de ropa blanca sus arcas, para precaver la enfermedad: nunca falta á los niños su vestidito aseado, limpio como el oro, aunque esté formado de harapos: el hogar brilla, la familia no escasea nada; respira alegre y satisfecha bajo el rústico techo, donde esperan al

hombre la ventura, la dicha, los encantos que produce una mano maravillosa, siempre dispuesta á acariciarnos, á separar las espinas de nuestro paso, á rodearnos de bienestar, de luces y armonías.

Estos dos extremos del mundo social proclaman altamente la reforma universalísima de la educación de la mujer, de este poder omnímodo que ha de desenvolverse en la esfera de los tiempos la obra inmensa de la civilización.

¿Y á qué principio salvador hemos de acudir para formular un sistema que no pueda confundirse nunca con esas exiguas innovaciones que ha introducido la depravación del gusto?

En España, por fortuna, se halla planteada la educación mista; falta solo regularizarla, prestarla un impulso generoso; armonizarla debidamente para que funcione sin amenguar una sola de las sagradas inspiraciones del hogar.

El mundo vanal os pedirá enciclopedistas, heroínas de tragedia y de novela, apasionadas á los raptos portentosos de Dumas, Feuillet y Víctor Hugo; pero la familia nos pide simplemente madres.

Y adviértase que esta exigencia es tan justa, está tan en armonía con las leyes físicas y morales de la naturaleza, que la mujer que, por un exceso de imaginación quiera hacerse la ilusión de que pertenece para otra cosa más grande que para ser soberano de la familia, sufre un error lamentable que la proporcionará sin duda amargos desengaños y envenenadas esperiencias; acaso luto eterno y lágrimas eternas.

¿Y quién debe enseñar á la mujer mejor que la mujer? ¿Quién puede enseñar á la madre futura mejor que la madre preexistente? ¿Creeis que la sabiduría de una directora puede reemplazar al instinto elemental y rudimentario de la madre?

¡Triste ilusión! La perspicuidad de una madre no se puede suplir con nada. Allí, donde los más sabios divagan como míopes infatuados por su esencia, allí se aparece la madre columbrando más allá de nuestro pensamiento.

Dejad, dejad á la madre que á la sombra pacífica del hogar emprenda la dulce tarea de inspirar la moral á sus niñas; ella estampará lo bello en su corazón de una manera indeleble, conducida por su precioso instinto; ella desarrollará su piedad ferviente, sus cultos y adoraciones encaminadas á favorecer el desarrollo del sentimiento de lo infinito, santa luz del alma; ella sabrá enriquecer su conciencia y su corazón.

¿No es el poder amigo que se abre paso hasta el alma para encantarla, conmoverla y fecundarla? ¿Dudareis aun de su universalidad al verle revestido de ese aroma fraternal, de esa sencillez encantadora que allana los obstáculos con menos trabajo y con más certidumbre? ¡Y quereis separar, desmembrar, dividir esa tierna sociedad de compañeras, cuya mejor y más adoradora amiga es la madre, puesto que su mirada de paz parece difundir una atmósfera de gracias!

No, no suprimimos de una plumada como Jacotot la función del educador público; pero rechazamos la enseñanza privada, la clausura á que se condena á las niñas en el colegio de pensionadas, porque las usurpa la santa inspiración de la madre.

La función del educador público es el poder universal de la instrucción, pero nada más. Así, el sistema de la educación mista todo lo concilia y armoniza; las niñas se educan en el hogar y se instruyen en el colegio; la madre fecunda y la directora amplía y corrobora; la inspiración de la una enriquece el alma, y la esencia de la otra robustece é ilustra; cuanto mejor se ordenen estos dos poderes, más favorable será el resultado; el hogar y el colegio caminarán de acuerdo, y la función del educador será la continuación del sacerdocio paternal: la madre grabará y el educador acabará el modelo.

Tal es el impulso generoso que reclama la educación mista, fundamentado en la razón y en la filosofía. Así lenta, pero eficazmente, la educación ofrecerá bellos resultados para engalanar la hermosa primavera de nuestros progresos.

Desengañémonos de una vez: esos programas asombrosos de los colegios de pensionistas, esos *Holloway* importados de otras regiones, que curan todas las enfermedades del alma y del cuerpo, y que se nos anuncian en grandes prospectos haciendo gala de sus milagrosos resultados, á nada conducen más que á perder un tiempo apreciable, á elevar el empirismo sobre la doctrina, y á ocasionar graves perjuicios al mundo social.

Nuestra civilización reclama una familia perfecta, noble y digna; una sociedad doméstica de virtudes soberanas para enriquecimiento y grandeza de la sociedad pública; y si la civilización reclama únicamente la perfectibilidad indefinida de la familia, la familia perfecta reclama simplemente madres.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

A LA MUERTE

de mi queridísima amiga

SRA. D.^a ROSA LOPEZ DE LA CÁMARA.

¿Qué pasa en redor de mí?...
 ¿Por qué doblan las campanas?
 ¿Por qué zumban inhumanas
 Desgarrando el corazón?
 «¡Un muerto!»—dicen las gentes,
 Sin detenerse á pensar
 Que el muerto deja un hogar
 Sumido en desolación.
 «¡Un muerto!»—el mundo responde
 Con esa voz lenta y fría
 Del que no siente agonía,
 Cual si el muerto fuera él.
 Estremecida, anhelante,
 Pregunté su nombre ansiosa,
 Y me dijeron:—«¡Es Rosa!
 Tu amiga y querida fiel.
 ¡Rosa!... ¡y anoche la ví!...
 ¿Qué mundo es este? ¡Dios mío!
 ¿Esto es sueño, es desvarío,
 O es horrible realidad?
 Y un eco lejos responde
 Dejando mi mente incierta:
 —«¡No lo dudes, está muerta!...
 ¡Por siempre en la eternidad!
 ¡Rosa! ¡Rosa, ¡amiga mía!
 ¿Dónde estás? ¿Dónde te has ido?
 ¿Por qué tan breve has partido?
 ¿Por qué nos dejaste? ¿dí?
 ¡Pobre amiga! cuando ciegos
 Tus bellos ojos quedaron (1),
 Lloraron mucho, lloraron
 Al verse sin luz aquí!
 Pero recordando al punto
 Que el Dios grande nunca yerra,
 Te ví la rodilla en tierra
 elevar una oración.
 Por eso el Dios justiciero
 Que tanta humildad veía,
 —«¡Yo te daré luz del día—
 —Dijo—en mi bella región!
 Y allí estás, ¡sí! ¡no lo dudo!

Desde aquí, Rosa, te veo,
 Con la luz de mi deseo,
 Con la antorcha de mi fé.
 Tú estás allí: yo en la tierra.
 Tú gozosa: yo afligida.
 Tú ya muerta, tienes vida:
 Yo si vivo, no lo sé.

Tú descansas: yo entretanto
 Voy siguiendo mi destino:
 Tú le hallaste, y yo imagino
 Que he de hallar un atahud.
 Entretanto, amiga mía,
 Véme aquí triste, llorosa,
 Desolada y angustiada,
 Con mi pena y mi laud.

Rotas sus cuerdas están
 Y adornado de crespones
 Como aquellos corazones
 Que te amaron con pasión.
 No tengas miedo que nadie
 Te olvide, amiga del alma.
 La virtud es una palma
 Que respeta el aquilón.

No temas muera contigo
 Ese tu recuerdo santo,
 Ni la noche con su espanto
 Te envuelvan en su capuz.
 Siempre en tu tumba habrá flores
 Siempre llanto á tu memoria,
 Y para tu nombre, gloria,
 Y para tu gloria, luz.

ROGELIA LEON.

Granada 16 de Agosto 1865.

Nuestro ilustrado y apreciable amigo D. Evaristo Fombona, eminente literato que reside en Caracas y que ha venido á España con el solo objeto de visitar en Asturias la tumba de sus padres, nos ha favorecido con algunos de sus preciosos y concienzudos trabajos literarios, los que empezamos á insertar con muchísimo gusto, agradeciendo sobremanera á nuestro amigo la honra que concede á las humildes columnas de nuestro modesto semanario.

LA MUJER.

Es más grave que la falta de Eva la falta de Adán en la tragedia del paraíso; tragedia que hizo necesari-

(1) Hace un año que la bella señora á quien alude esta sentida composición, quedó ciega, llevando con tal conformidad su desgracia, que edificaba á cuantos tenían la dicha de conocerla.

ria la tragedia del Calvario. Grave falta, origen de graves faltas. Sentemos sin escrúpulo que es de Adán la culpa de Eva; y si cayó la primera mujer, causa de su caída fué el primer hombre. No hagamos tanto alarde del don de fortaleza, ni proclamemos tan engreídos la debilidad de la mujer. «No es madrastra de nadie la naturaleza.» No acertamos á definir la mujer, porque la definimos al través del prisma de nuestro buen ó mal humor. A veces su prudencia la estimamos malicia, y su candor nos parece astucia, y su benevolencia la reputamos liviandad: concupiscente su más santa ternura; lasciva su más casta pasión; venal su más heroico sacrificio. Juzgamos de su corazón y de su alma por los estragos de nuestra alma y de nuestro corazón. ¿Cómo podremos definirla?

Vémosla á veces de distinto color y como de distinto sexo. Modesta como la viola, tierna como la sensitiva, candorosa como la infancia. Eva de nuestra ilusión; más hechicera que la Eva del paraíso; y al grado de nuestro entusiasmo crecen sus nobles atributos. Es entonces su belleza superior á la belleza de los serafines. Primera sonrisa de Dios, es la más privilegiada de las criaturas, la obra maestra del Criador. Sin mancha de pecado original, es pura y limpia como la Madre de Dios. Estrella polar en el desierto de la vida, arco iris de nuestra esperanza en las tempestades de la tierra, la mujer nos conforta; y sin ella, rendidos de cansancio, nos parece desesperada nuestra peregrinación. En estos transportes de inocente alegría, es la mujer el ángel de nuestra guarda. Nos cautiva el tesoro de sus gracias y nos rendimos al ascendiente de sus virtudes. La memoria nos ayuda, el entendimiento nos auxilia, y la voluntad nos favorece. La mujer, decimos entonces, la mujer nos da el primer beso y nos ensaya en la vida; ella nunca piensa en sí por pensar en nosotros: es inagotable la fuente de su ternura, heroica su abnegación, paciente su martirio; y si nos estrecha en su regazo estremecida de amor cuando entramos en el mundo, calienta con sus lágrimas nuestros miembros, helados por el soplo de la muerte cuando nos llama Dios. Ella nos consagra el primer beso y el postrer suspiro; y si amar es vivir, ella nos ama mientras vive; y cuando deja de amarnos, busquemos en nosotros la causa de su desamor: nosotros, que hacemos tanto alarde del don de fortaleza, sin recordar que realza á la mujer el don de piedad y el don de temor de Dios. Fé más viva, espe-

ranza más tierna, más ardiente caridad, no puede prometerse el mundo. Confesamos la excelencia de sus condiciones, y nos atrae la fragancia de sus virtudes..... Es la mujer.....

Y hay más verdad en este cuadro de pasión que en aquel cuadro de villanía. Negar el bien, es no sentir el bien.

Ocasión tendremos de señalar las causas que arrebatan á la mujer la excelencia de sus atributos para *embellecerla* con todos los adornos sociales, y haremos notar la injusticia de llamar, en nuestro despecho, *obra monstruosa de la naturaleza* la obra monstruosa de nuestras manos. Es peregrina nuestra lógica, muy peregrina. Pervertimos el hermoso carácter de la mujer, é indignados de la obra, proclamamos que es perversa su índole natural.

La educamos ligera, y no la queremos insustancial; no la queremos vana y la educamos frívola. La queremos elevada de espíritu, y abatimos su alma. Pedimos nobleza á su corazón, y la condenamos desde la cuna, sí, desde la cuna, á vivir y á morir atada al poste de la ignominia. En su primera aurora, como que está de más en el hogar paterno, *principalmente si hay en la familia varón, tema de todo agasajo y objeto de toda ternura*. ¿Qué justicia hay para tan inicuas preferencias? ¿El ser más azarosa la vida de la mujer? Es un motivo de lástima.—¿El ser más frágil su posición social?—Título de más amor.—¿El nacer destinada á llorar? ¡Oh! si no halla ternura y amor en el hogar paterno la mujer, ¿dónde quereis que la mujer halle amor y ternura?—¿Contra quién pecó la inocente, si al venir al mundo la ungimos con el óleo de la desgracia?—Si nació desgraciada, no nació desgraciada por nacer mujer: no es obra de la naturaleza, es obra nuestra su desgracia. ¡Queremos que viva, y la matamos en la cuna! La decimos que nació frágil y que la esperan luchas terribles, de las cuales es milagro salir victoriosa. Y si todo se conjura para perderla, hasta el desvío de sus padres, hasta la desnaturalización de sus padres; ¿cómo podrá salvarse la mujer? Y si nos debe su perdición, ¿cómo hacerla responsable de nuestras faltas?

Hay en los distintos períodos de la humanidad sus épocas de entusiasmo; el entusiasmo es la exaltación de la vida bajo el dominio de una idea grande, generosa; y como es vario el entusiasmo, son varias sus obras. Son hijos del entusiasmo los héroes, los patriotas, los mártires, los caballeros. ¿Qué especie de entusiasmo constituye nuestro carácter social?

¿Qué idea reina entre nosotros? ¿Somos una sociedad de héroes, una sociedad de patriotas, una sociedad de santos, una sociedad de caballeros? ¿Qué delirio! Sin fé, no es posible tan alta vitalidad; y nosotros no creemos ni en nosotros mismos. Sin esperanza, vivimos plazo de merced, y como plazo de merced, plazo de angustia. Sin caridad, el odio es nuestro pan de cada día, y como pan de odio, es pan de muerte, y de muerte desesperada. Sin hidalguía en nuestra pasión, no somos capaces de amar, y por eso no amamos á la mujer, que siente, como ley de su vida, la necesidad de amar y de ser amada. «El espíritu de galantería se convirtió en espíritu de fatuidad,» según Lacretelle; y en tema de negocio y en artículo de comercio, agregamos nosotros. Es tan personal nuestro entusiasmo, y tan refinado nuestro egoísmo, que contamos por nuestras siete virtudes los siete pecados capitales.

¡Placer y más placer, oro y más oro!

Hagamos que la mujer triunfe de ese espíritu de fatuidad, de ese vergonzoso mercantilismo, de ese enemigo del alma. Encaminémosla según sus dotes naturales: hagámosla digna de sí misma: hagámosla buena hija, si la queremos buena esposa y buena madre. Como hija y como esposa y como madre, la presentaremos en la escena.

EVARISTO FOMBONA.

A MIS HIJOS.

Al daros de Mayo un día
El nueve por la mañana,
Al daros mi triste adiós,
Pedazos de mis entrañas,
El corazón se me oprime,
La voz muere en mi garganta:
Si mudas esas escenas,
Mucho esas escenas hablan,
Y nuevo adiós mis suspiros
Confíaron á las auras,
Al salir para San Thómas
El Robert Tood de la Guaira.
¡Siempre delante mis ojos
Vuestra imagen adorada!
Y en mi amoroso delirio,
Al pretender abrazarla,
Abrazo de Ixion la sombra,
¡Y la sombra se me escapa...!
Que no estais allí vosotros,

Dulces prendas de mi alma.

Sois vida de mi vida,
Sois alma de mi alma,
Sol que ilumina los cielos
De mis ilusiones santas.

No turbarán mi conciencia
Del mundo las glorias falsas,
Que velais por mí vosotros,
Como el ángel de mi guarda.

Encuentro en Lóndres prodigios
Que la admiración levanta,
Testimonio de un gran pueblo
Que tales huellas estampa.

No gozo en esos prodigios,
Glorias de la Gran Bretaña,
Que no estais allí vosotros,
Dulces prendas de mi alma.

Y de París la belleza
A cuantos la ven, encanta:
Soberbia por sus hechizos,
Y hermosa como una maga.

Y París sola en el mundo,
Es la ciudad soberana
Que más tributos recoge,
Gloria de la noble Francia.

Y si aplaudo sus hechizos,
No me cautivan sus gracias,
Que no estais allí vosotros,
Dulces prendas de mi alma.

Tras cuatro lustros de ausencia,
Beso la tierra de España,
Bajo cuyo cielo hermoso
Rápida corrió mi infancia,

Y será la patria mía,
Grande, como grande es Francia,
Si el fuego de la discordia
No devora sus entrañas.

Y mi espíritu se alegra,
Mi corazón se dilata:
¡Como que vuelvo á la vida!
¡Bendita, bendita España!

Y para colmar mi dicha,
Mucho á mi dicha le falta....
Que no estais aquí vosotros,
Dulces prendas de mi alma.

¡Vacío mi hogar paterno!
Miro en derredor con ansia,
Y en vano la imagen busco
De mis padres adorada.

Y mis ojos se me anublan,
Dulces memorias me asaltan,
Y el corazon amoroso
En lágrimas se desata.

Déjolas brotar copiosas
Desde la raiz del alma :
Que esas lágrimas merecen
Séres que tanto nos aman.

Para vivir más tranquilo
Bajo este cielo de España
Tan hermoso, para serme
La vida menos ingrata,

Más ciertas mis alegrías,
Mis penas menos amargas,
Os necesito á vosotros,
Dulces prendas de mi alma.

EVARISTO FOMBONA.

Julio de 1865.

LA LITERATURA EN LA MUJER.

(Continuacion.)

I.

ROGELIA LEON.

La señorita doña Rogelia Leon es una de las poetisas cuya hermosa frente se halla ornada por la doble aureola del génio y la virtud.

Voy á ocuparme de su vida, y á presentar á nuestros detractores el bellissimo ejemplo de sus virtudes para probarles lo que ya he repetido en la introduccion de estos artículos: que la literatura en la mujer es conveniente y necesaria para hacer de ella un ángel de amor y de paz que inunde de felicidad y consuelo á los séres que la rodean.

Rogelia Leon nació en Granada el año de 1832, y como todas las que reciben sobre su frente las primeras brisas de la encantadora Alhambra, recibió del cielo, como don sublime, un alma tierna y sensible, un corazon noble y generoso, y una imaginacion entusiasta y poética por excelencia.

Sus abuelos, ricos y nobles, sufrieron contrariedades terribles en la revolucion del año 12, en términos de legar bien escasa fortuna á los padres de Rogelia; así es que, al nacer esta, solo contaban con una medianía, y no fué recibida en el mundo con la pompa que requeria su ilustre apellido, sino con los besos de una madre tierna y cariñosa cual ninguna.

Empero no la hizo falta la grandeza y el fausto

para educarse con delicadeza y esmero. Desde muy tierna edad frecuentó los colegios mas distinguidos. Estudió el francés, el dibujo, la música, demostrando una pasion irresistible por las artes. Apenas tenia edad para discernir, cuando se la veia detenerse delante de un cuadro de Rafael, Zurbarán ó Murillo, y quedarse estasiada largo rato en su contemplacion.

Su sensibilidad era tan grande, que las emociones se sucedian unas á otras en su infantil corazon, en términos que tenían siempre alterada su salud. Así es que su dulce y buena madre, con aquella prevision y delicadeza que siente toda mujer que ama á sus hijos, procuraba apartarla de los sitios donde pudiese recibir impresiones fuertes; pero ella, aficionada en extremo á todo lo bello y grande, no perdonaba medio de ver aquello mismo que la hacia sufrir. Tal eran la representacion de los dramas románticos, que por aquella época se desarrollaron, causando no poco daño á la inesperta y sencilla juventud; pues así como el sentimiento eleva los séres y los engrandece, la exageracion de sentimentalismo destroza los corazones con heridas que suelen hacerse incurables.

Cuando *El diablo mundo* de Espronceda empezó á hacer furor, la niña lo adquirió sin consentimiento de sus padres, y con un afán indecible se embriagó en su lectura, aprendiéndole casi todo de memoria. Entonces quiso sentir como el descreido autor, y empujada su tierna alma en la amarga filosofía del vate, empezó esa lucha con la religion y la fortuna.

Si hubiérais visto entonces á esta niña, os habria compadecido el estado de su alma. Lloraba, sin tener edad todavía de conocer la amargura. Su mirada era triste, su color pálido, su contestura enfermiza: era una naturaleza sin desarrollar, con un corazon gigante que deseaba adivinar, tras la cortina de los cielos, el por qué de las miserias del mundo.

Siendo Rogelia colegiala de *Santa Cruz*, sufrió un dia una humillacion de una señorita aristócrata que la disputó un sitio de preferencia, diciendo: «A mí me corresponde, soy noble y rica, y tú no.»

La niña elevó sus ojos al cielo, y rodaron dos ardientes lágrimas por sus mejillas. Estuvo todo el dia triste y pensativa, y cuando volvió á casa, por la noche, en vano la halagaron sus cariñosos hermanitos y sus buenos padres. Una nube de melancolía oscurecia su frente, y su sonrisa era fria y amarga.

Á nadie reveló su sentimiento, hasta que mas tarde, viéndose una noche, en el Liceo de Granada,

aplaudida con entusiasmo por la multitud, dijo á su madre, por lo bajo, con voz conmovida y temblorosa: «Esto creo vale algo mas que el oro y los títulos con que la señorita de C..... me echó en cara en el colegio de Santa Cruz.....»

Entonces su madre comprendió cuánto había sufrido aquella inocente criatura con el rasgo de orgullo de una niña ignorante y vana. Pero ¿quién sabe? Quizás esta ocurrencia fué uno de los móviles que hicieron á Rogelia mas grande y sublime, pues el verdadero génio suele ser apático casi siempre, y necesita estímulos muy fuertes para ostentarse en su grandeza. Desde aquel día no hubo jóven mas aplicada y que ganase mas premios en toda clase de labores.

En geografía, gramática y retórica no la aventajó jamás ninguna de su clase; por eso son hoy sus escritos un bien acabado modelo digno de estudiarse con detencion.

Apenas salió del colegio, cuando empezó á concurrir á la academia literaria del Liceo. Allí fué donde se despertó su alma á las grandes impresiones de la poesía.

El gran novelista y poeta Fernandez y Gonzalez arrebatava entonces en la tribuna con sus valientes, atrevidas y gigantescas ideas. Allí le oyó y admiró: allí vió tambien al dulce vate Salvador de Salvador, al elegante Rada, al profundo Jimenez, al clásico y conocedor Arrambide, al elocuente Nieto y á otra porcion de vates granadinos, honor y prez de la morisca Andalucía.

Cuando oyó los aplausos; cuando vió los laureles que arrojaban á aquellos insignes trovadores; cuando percibió la inefable aureola de la gloria, Rogelia lloró de entusiasmo, de alegría, y sintió palpar su pecho con una emocion estraña.

La segunda noche que presencié estos triunfos, al retirarse á casa se encerró en su cuarto y veló hasta la aurora; cuando saludó á su familia por la mañana, tenia los ojos hundidos, y las mejillas pálidas como la muerte. La preguntaron si se sentia mal, y respondió que nunca habia estado mas satisfecha de sí misma.

Con efecto; hizo su primera composicion, que leyó en la sesion siguiente: su primera composicion puede decirse, pues aunque antes emborronaba papel escribiendo versos, eran casi sin concierto ni sentido, y aquella ya era una verdadera poesia, que arrebató en estremo, y por la cual fué llamada á la

escena con marcadas muestras de general entusiasmo.

Nuestra jóven poetisa, no solo estuvo inspirada en la composicion, sino en la lectura.

Vestia un blanco y sencillo traje con lazos celestes, y rodeaba sus sienes una corona de rosas. El fuego de la inspiracion se reflejaba en su frente, y parecia una ninfa que desde el pedestal de su gloria saludaba con dulzura y alegría á la entusiasta multitud que la aclamaba y aplaudia.

Desde entonces leyó en todas las sesiones, y cada vez arrebataron mas sus bellisimos pensamientos. No contenta quizás con esta gloria, se distinguió sobremanera en el arte de la declamacion. Hizo piezas de difícil desempeño en el Liceo; entre ellas *La Mujer de un artista*, y nada dejaron que desear.

Combatida su salud de nuevo por esa tisis del alma que padecen los grandes seres, cuando el espíritu domina á la materia, no pudo seguir este bello arte, y se dedicó esclusivamente á la literatura. ¡Dedicarse! ¡Mal he dicho! Robar horas al sueño y al descanso, es lo que pudo su deseo, y es lo que generalmente hace la escritora española, que tiene en mas sus deberes de mujer que sus triunfos de literata. Ocupábanla con tal asiduidad sus faenas domésticas y el cuidado de sus padres y hermanos, que las mas veces hacia sus composiciones con lápiz en la tabla del costurero, ó dejando á cada paso las mallas, los bordados y los encajes.

La costumbre de estar siempre ocupada, llegó á ser en ella una necesidad, hasta el punto que jamás puede hallársela ociosa un instante. La noche y el día son para su incansable actividad un solo intervalo, que ocupa tenazmente con un ardor sin medida.

Cuando se la pregunta por qué tanta laboriosidad, responde: «Porque no me suceda lo que dice en aquellos versos mi célebre amigo Alarcon:

»Desde que el tiempo no mato,

»El tiempo me mata á mí.»

Con efecto; si no ocupase su imaginacion cuanto la es posible en distintas labores, ya la hubiera hecho sucumbir la vivacidad de su ardiente fantasia; y, si así no fuese, ¿cómo soportaria su vida aislada y severa? Su casa se asemeja á un claustro, y son muy raros los amigos que toman asiento en aquel santuario de la virtud.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

MABQUILLA LA IDIOTA.

(Continuacion.)

—¡No más insultos! dijo Pilar poniéndose entre su hermana y Aurelio.—¡Marchaos, caballero! ¡Marchaos! Aquí nada tenéis que hacer. Aquí sobraís como sobran siempre los que vienen á mezclarse en cosas que no le pertenecen.

—¡Sí, le pertenecen, hermana mia! Le pertenecen, y mucho; porque esa imbécil que ahora se arrastra á nuestros piés; esa víbora que hemos abrigado tanto tiempo para que nos devore luego, es.... la amada de ese hombre.... es la que seguía á todas partes; es, en fin, la *querida* del que nos ha estado engañando traidoramente, dijo Rosario con audacia.

—A este ultraje tan cruel, á esta frase tan horrible, pronunciada ante la inocencia y la virtud, Aurelio se puso desencajado, frenético, perdió por completo aquella razon tan fija, tan austera, tan noble que siempre tenía, y levantó su puñal dejándole caer sobre el pecho de la acusadora impía; pero más veloz que el rayo la casi muerta *Idiota* se alzó del suelo donde yacía tendida y sin aliento, y poniéndose delante de su hermana dió un grito tan agudo y desgarrador, que detuvo el brazo del severo juez que iba á castigar las culpas de aquella mujer perversa.

—¡No la mateis, no la mateis por Dios! exclamó la infeliz María abrazándose á su hermana, como queriendo servirla de escudo y proteccion.

—¡No la matará, dijo de repente una voz estraña de alguien que habia pasado el umbral de la puerta, porque estoy yo aquí para defenderla y morir por ella, si es preciso.

El que así venia á representar un nuevo papel en tan fatal drama era un jóven pequeño, grueso, vestido graciosamente de andaluz, y lleno de valentía y arrogancia.

Este jóven sostenia culpables relaciones con Rosario, y entre ambos engañaban á Aurelio mucho tiempo hacia, porque, según la desalmada jóven, no se oponía un cariño á otro, ni tenía que ver una boda cuando podia ser ventajosa, con los pecadillos de infidelidad cometidos por pasatiempo.

Pero Cecilio habia enloquecido como Aurelio con el amor de esta temible sirena, y al escuchar, mientras rondaba aquella noche, gritos en la casa y ver que un puñal se habia levantado para herir, no reparó que era el amigo de su niñez y el mentor de su

juventud, y el que se iba á convertir en asesino de aquella mujer adorada.

La escena que precedió á la llegada del jóven fué inexorable, terrible.

Los dos amigos se miraron y no se conocieron.

El furor pudo más que su amistad cariñosa.

Las frases que se cruzaron entre ellos fueron de valor tal, que pedían á voces sangre y esterminio.

Rosario, en vez de detener á su criminal amante para que no trabase lucha con el noble Aurelio, atizaba su furor diciéndole mil calumnias y denuestos del defensor de María.

—¡Hé ahí tu obra, hermana! dijo esta lanzándose entre los combatientes como una heroína.

Cecilio blandía en este momento una luciente navaja que habia sacado del bolsillo de su torera, llena de plata y alamares, y se dirigia con mil revueltas, saltos y quites, al corazon de su amigo, con la ferocidad de los celos y la valentía que da al que ama la presencia de una mujer.

Pero María, más ligera que él, se colgó de su brazo como un lebril que defiende á su amo, y con una voz que solo el Supremo la pudo dar tan vibrante y conmovedora, exclamó:

—¡Cecilio, si quieres una víctima, hiéreme sin piedad! ¡Cebaos todos en devorarme á mí; pero dejadle á él, que es bueno como los ángeles!

—Rosario palideció de furor con esta defensa.

—¡Sí! ¡sí! dijo á su amante, ¡que viva, que viva ese hombre! ya que tan raquíto se defiende su cobardía.

—¡Preparaos á morir, dijo Aurelio á Cecilio lleno de furor por este nuevo ultraje. ¡Defendeos, porque yo no sé asesinar! ¡Defendeos!.... ¡pero no!.... aquí no debe ser. ¡Seguidme! ¡Seguidme, porque os reto de muerte! ¿Lo entendéis? ¡de muerte!

—¡Vamos! contestó Cecilio, saliendo precipitadamente.

—¡Mi plata! ¡venga mi plata! dijo Vivorezno entrando al mismo tiempo en la estancia de donde acababan de salir los encarnizados jóvenes.

—Aurelio se detuvo asombrado, mientras furioso Cecilio siguió adelante.

—¡Mi plata! ¡mi plata! continuó Vivorezno satisfecho de ver terminada su comision.

—Dadme más de lo que dijisteis, porque el muchacho era un diablo, y por poco le tengo que matar. Por este mechón de cabellos podeis ver si me haría desesperar para meterlo en el torno.

Parecia un gato rabioso: se agarraba á mí con las

uñas, es decir, con aquellas manecillas de pescado, y me retenia con fuerza.

De ningún modo quería que le encerrasen en la Inclusa; y por último, al ir á volver el torno atravesó la cabecita, que era más dura que un peñón, contra la tabla y por poco se la hace pedazos; pero yo le cogí con fuerza por los cabellos y me quedé con ellos en la mano. Aquí los teneis para muestra de lo que os digo y para que me pagueis bien mis servicios, que he trabajado como un perro.

—Toma la recompensa, infame, dijo Aurelio saltando sobre él con velocidad.

Su mano prensante y furiosa oprimió la garganta del malvado casi hasta ahogarle, quedando su rostro amoratado y horrible rodeado de una aureola morada y verdosa á la vez, que causaba espanto.

—Mi acero no se manchará en sangre tan impura.

Los tribunales y la justicia de Dios te juzgarán; y maniatándole con una faja colorada que llevaba á la cintura Vivorezno, bien ancha y de gordo estambre, le tendió boca abajo en la cocina, interin llamaba quien le condujese á la cárcel.

Á los dos minutos de salir Aurelio vinieron dos hombres por el cazador de viboras, y desaparecieron con él para conducirle donde merecia.

María cayó sin sentido en el suelo, y sus dos hermanas, despues de lanzarla terribles maldiciones y apartarla con el pié para abrirse paso, se lanzaron á la calle, y á las dos horas se hallaban en otro pueblo inmediato, conversando tranquilamente con una amiga, y diciéndola que venian á pasar con ella una temporada.

Ni un rasgo siquiera de dolor, ni una imperceptible arruga en la frente que marcasse la angustia, ni una lágrima furtiva y desgarradora podia anunciar que aquellas mujeres sufrían.

Si algo sentían, lo sabían ocultar cuidadosamente; si estaban tranquilas eran bien malvadas por cierto.

VII.

«Era yo cura á la sazón de pueblecito de María, y una madrugada me llamaron con mucha urgencia para que fuese á auxiliar una moribunda.

Fuí á la iglesia, la abrí precipitadamente, llegué al bendito sagrario por el divino pan de la Eucaristia, y precedido de mi viejo sacristan, medio soñoliento aun, marchamos á la casa indicada.

Al ruido de la conmovedora campanilla, que llama á los fieles á seguir sumisos y contritos al Señor de los señores, las puertas se fueron abriendo, y algunos trabajadores empezaron á salir, formándose gravemente en dos filas, y siguiendo con respeto y fe nuestros pasos.

—¿Para quién es? se preguntaban las comadres y vecinas, asomando las cabezas con curiosidad á las puertas y ventanas, y no siguiendo el cortejo piadoso, por no estar vestidas aun.

—¡No sé!—¡No sabemos!

—¡Esto será cosa repentina!

—¡Alguna catástrofe!

—¡Algun suceso inesperado!

(Se continuará.)

ROGELIA LEON.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

En este momento que la moda no es enteramente absoluta, queda convenido de que, en los baños de mar y las aguas se aceptan todas las fantasías, de manera que se hace una mezcla increíble.

Domina el encarnado, figurando muchas faldas de alpaca blanca sobre la más bella escarlata. También obtiene favor un tejido de lana hueco, llamado por los comerciantes con un nombre que, como generalmente sucede, nada significa. Se sostiene poco más ó menos como el pelo de cabra, siendo su disposición uniforme, siempre á rayas anchas sobre fondo blanco ó azules y negras, rosa y negras, etc. Frecuentemente se hace la enagua igual, pero esto es asunto de gusto.

El paletot con capucha, desdeñado á principios de la estación, ha obtenido tal éxito, que se hacen pequeñas vestimentas bautizadas con el nombre de *palelots*; y no son otra cosa que verdaderas vestas con capucha, la mayor parte de ellas sin mangas. Estas vestas, flotantes y depasando apenas el talle, son enteramente coquetonas en el campo por la tarde, y preferibles con mangas para nuestro gusto. Suelen ser encarnadas, azules ó blancas; estas últimas, dobladas de encarnado ó azul. El guipure Cluny desempeña gran papel sobre estas fantasías: todas las elegantes lo llevan, justificando este éxito el feliz efecto que hace.

La moda tiende mas que nunca á las camisas ru-

sas, y aquí la fantasía toma carrera á su antojo, porque se ejecutan de todos modos. Estas combinaciones de cuerpos que difieren de las faldas, son enteramente cómodas, en razón á que permiten utilizar las faldas en buen uso cuyos cuerpos se hallen deteriorados. La camisa rusa debía inevitablemente traernos el cuerpo blanco, que brilla en todo su esplendor á causa de los calores de este estío, y con una falda de seda clara, compone deliciosos trajes. Se hacen elegantísimos en muselina con entredoses de guipure Cluny, juntos como si fueran pliegues.

Otros, y son los más nuevos, de alto á bajo, formando pieza en guipure, y despues un encañonado de cinta encima. Las mangas son anchas y cerradas con un alto puño.

Los sombreros redondos han cambiado nuevamente de forma; la novedad del momento es el sombrerito marinero á bordes rectos. Se admite solo para la orilla del mar, consistiendo todo su adorno en un largo velo de gasa generalmente azul, descendiendo como una larga cola de pájaro; de manera, que si bien el sombrero no es airoso, no se puede negar la gracia de este velo flotante.

Nada puede aventurarse aun sobre los sombreros de otoño: en el momento reina la paja, y de esta la más gruesa. La forma imperio modificada es la solamente admitida, y si bien la primera ensaya el dejarse ver, esperamos que no triunfará.

Pasemos ahora á los conjuntos de trajes, y hé aquí lo más bonito para las aguas. Falda de foulard blanco, á finas rayas azules, y en el bajo de la falda un decorado de pasamanería azul; formando cabeza á una vuelta de gruesas bolas. Cinturon largo; anudado por detrás, con las puntas guarnecidas de lo mismo, y cuerpo alto en muselina blanca, todo cortado por entredoses de guipure Cluny. Sombrero marino en paja blanca, largo velo de gasa azul que lo retiene por delante un pájaro del mismo color con las alas desplegadas.

El segundo es de alpaca blanca, con el bajo de la falda recortado á la griega, bordeado de terciopelo negro y con un dibujo en cada greca. La vesta por el mismo estilo, y el paletot sin mangas con igual adorno, y olas de cinta sobre los hombros. Cuerpo de debajo en muselina.

El tercero es de linós, blanco, sembrado de lunares verdes, ejecutado así como el paletot igual, con un volante encañonado en el bajo, superado de dos vieses de tafetan verde. Sobre la falda drapeada

van seis vieses, y en cada costura una muletilla que la levanta, fija con un boton verde. La casaca igual lleva cuatro vieses, un cinturon verde y una hebilla de nácar. El sombrero tiene un penacho blanco con terciopelo verde alrededor del capote y un gran velo flotante.

Vamos á terminar con dos trajes de salir, de los cuales el segundo descubre ya cierto sello de media estacion.

El primero es de tafetan, á finísimas rayas pensamiento, sobre fondo blanco. Cada costura de la falda va adornada de una cinta pensamiento, encañonada, que despues de haber guarnecido la altura de la falda bordea el bajo. La casaca igual, es hendida por detrás y guarnecida del mismo encañonado. Un sombrerito imperio en paja gruesa, adornado de cintas pensamiento, y de un largo velo de tul completa este traje.

El segundo es de tafetan negro á filetes blancos, con tres vieses de tafetan negro, liso, recubiertos de guipure Cluny. El cuerpo es plano y alto; el cinturon de tafetan, recubierto de guipure y cerrado por el lado con una gruesa col. Sobre este traje va un albornoz de muleton inglés, rayado, y un sombrero imperio con el fondo de encaje negro.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de alpaca gris ceniza: el bajo de la falda va adornado con dos órdenes de entredos de guipur, unidas de trecho en trecho por medallones de lo mismo: paletot corto y ceñido, ribeteado de terciopelo azul, y cubiertas las costuras con entredos de guipur. Sombrero blanco de paja de Italia, adornado con terciopelo y blonda.

Segunda figura Vestido de alpaca blanco, recojido á trechos con presillas de la misma tela, ribeteadas de terciopelo encarnado, dejando ver una enagua color grana, con un volante encañonado y una cinta negra encima; paletot igual al vestido, semiceñido con capucha, adornados con cintitas de terciopelo y borlas. Sombrero de paja con adornos encarnados y pluma de pavo real.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N° 13. Pral Derecha

Ayuntamiento de Madrid

MADRID

